

BERNARD CORNWELL

# NORTHUMBRIA, EL ÚLTIMO REINO

Sajones, vikingos y normandos

Traducción de Libertad Aguilera Ballester



Cornwell, Bernard  
Northumbria, el último reino / Bernard Cornwell. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2016.  
448 p. ; 22,5 x 15,5 cm.

Traducción de: Libertad Aguilera.  
ISBN 978-987-628-395-3

1. Novelas de Aventuras. 2. Novelas Históricas. I. Aguilera, Liber-  
tad, trad. II. Título.  
CDD 823

Título original:  
*The Last Kingdom*

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Primera edición en Argentina: febrero de 2016

© Bernard Cornwell, 2004  
© de la traducción: Libertad Aguilera, 2006  
© de la presente edición: Edhasa, 2016

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 50 327 069  
Argentina  
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-395-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Printing Books

Impreso en Argentina

*Northumbria, el último reino*  
está dedicado a Judy, con amor

*wyrð biðful aræd*



## ÍNDICE

Mapa.....	11
Topónimos.....	13
Prólogo	
NORTHUMBRIA, 866-867 d. C.....	17
Primera parte	
UNA INFANCIA PAGANA .....	51
Segunda parte	
EL ÚLTIMO REINO .....	271
Tercera parte	
EL MURO DE ESCUDOS.....	369
Nota histórica.....	433









## TOPÓNIMOS

La ortografía de los topónimos en la Inglaterra anglosajona era un asunto incierto, incoherente y en el que no hay acuerdo siquiera en el propio nombre. Así, Londres podía aparecer de cualquiera de las siguientes maneras: Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Londres. Sin duda, algunos lectores preferirán otras versiones de los nombres enumerados abajo, pero he empleado normalmente la ortografía citada en el *Oxford Dictionary of English Place-Names* [Diccionario Oxford de topónimos ingleses] durante los años más cercanos o pertenecientes al reinado de Alfredo el Grande, 871-899 d. de C., pero ni siquiera esa solución es infalible. La isla Hayling, en 956, se escribía tanto Heilincigae como Hæglingaiggæ. Ni tampoco yo he sido totalmente coherente; he preferido el moderno Inglaterra a Englalund y he utilizado Northumbria en lugar de Norðhymbrolund para evitar sugerir que los límites del antiguo reino coinciden con los del actual condado. Así que esta lista, como la ortografía misma de los nombres, es caprichosa:

Æbbanduna	Abingdon, Berkshire
Æsc, colina de	Ashdown, Berkshire
Baðum (se pronuncia Bathum)	Bath, Avon
Basengas	Basing, Hampshire
Beamfleot	Benfleet, Essex
Beardastopol	Barnstable, Devon

Bebbanburg	Bamburgh Castle, Northumbria
Berrocscire	Berkshire
Bland	Norte de África
Cantucton	Cannington, Somerset
Cetreht	Catterick, Yorkshire
Cippanhamm	Chippenham, Wiltshire
Cirrenceastre	Cirencester, Gloucestershire
Contwaraburg	Canterbury, Kent
Cornwalum	Cornualles
Cridianton	Crediton, Devon
Cynuit	Fortaleza de Cynuit, cerca de Cannington, Somerset
Dalriada	oeste de Escocia
Defnascir	Devonshire
Deoraby	Derby, Derbyshire
Dic	Diss, Norfolk
Dunholm	Durham, condado de Durham
Eoferwic	York (también la danesa Jorvic, que se pronuncia Yorvik)
Exanceaster	Exeter, Devon
Fromtun	Frampton on Severn, Gloucestershire
Gegnesburh	Gainsborough, Lincolnshire
el Gewæsc	el Wash
Gleawecestre	Gloucester, Gloucestershire
Gyruum	Jarrow, condado de Durham
Haithabu	Hedeby, ciudad comercial en el sur de Dinamarca
Hamanfunta	Havant, Hampshire
Heilincigae	isla de Hayling, Hampshire
Hreapandune	Repton, Derbyshire
Kenet	río Kennet
Ledecestre	Leicester, Leicestershire
Lindisfarena	Lindisfarne (isla sagrada), Northumbria
Lundene	Londres

Mereton	Marten, Wiltshire
Meslach	Matlock, Derbyshire
Pedredan	río Parrett
Pictland	este de Escocia
el Poole	bahía de Poole, Dorset
Readingum	Reading, Berkshire
Sæfern	río Severn
Scireburnan	Sherborne, Dorset
Snotengaham	Nottingham, Nottinghamshire
Solente	Solent
Streonshall	Strensall, Yorkshire
Sumorsæte	Somerset
Suth Seaxa	Sussex (sajones del sur)
Synningthwait	Swinithwaite, Yorkshire
Temes	río Támesis
Thornsæta	Dorset
Tine	río Tyne
Trente	río Trent
Tuede	río Tweed
Twyfyrde	Tiverton, Devon
Uisc	río Exe
Werham	Wareham, Dorset
Wiht	isla de Wight
Wiire	río Wear
Wiltun	Wilton, Wiltshire
Wiltunscir	Wiltshire
Winburnan	Wimborne Minster, Dorset
Wintanceaster	Winchester, Hampshire



# PRÓLOGO

Northumbria, 866-867 d. C.



Mi nombre es Uhtred. Soy el hijo de Uhtred, que era hijo de Uhtred y cuyo padre también se llamaba Uhtred. El secretario de mi padre, un sacerdote llamado Beocca, lo escribía Utred. No sé si mi padre lo habría escrito así, pues no sabía ni leer ni escribir; pero yo sé hacer ambas cosas y a veces saco los viejos pergaminos del arcón de madera y veo el nombre escrito como Uhtred, Utred, Ughtred o bien Ootred. Miro esos pergaminos en donde los hechos demuestran que Uhtred, hijo de Uhtred, es el legítimo y único propietario de las tierras cuidadosamente señaladas con piedras, zanjas, robles y fresnos, marismas y mar, y sueño con esas tierras, azotadas por las olas salvajes y recorridas por los vientos. Sueño y sé que un día se las quitaré a quienes me las arrebataron.

Soy un *ealdorman*, aunque me hago llamar *jarl* Uhtred, que es lo mismo, y los manuscritos emborronados son prueba de lo que poseo. La ley dice que esas tierras son mías, y la ley, nos cuentan, es lo que nos distingue ante Dios de las bestias. Pero la ley no me ayuda a recuperar mis tierras. La ley quiere un acuerdo. La ley cree que el dinero compensa la pérdida. La ley, por encima de todo, teme la deuda de sangre. Pero yo soy Uhtred, hijo de Uhtred, y ésta es la historia de una deuda de sangre. Es la historia de cómo recuperaré de mi enemigo lo que la ley dice que es mío. Y es la historia de una mujer y su padre, un rey.

Era mi rey y todo cuanto tengo se lo debo. La comida que como, la casa en la que vivo, y las espadas de mis hombres: todo procede de Alfredo, mi rey, que me detestaba.

\* \* \*

Esta historia comienza mucho antes de que conociera a Alfredo. Empieza cuando yo tenía nueve años y vi a los daneses por primera vez. Era el año 866 y entonces no me llamaba Uhtred, sino Osbert, pues era el segundo hijo de mi padre y le correspondía al primero el nombre de Uhtred. Mi hermano tenía a la sazón diecisiete años, era alto y de buena complexión, el pelo rubio de la familia y el rostro taciturno de mi padre.

El día que vi a los daneses por primera vez cabalgábamos por la orilla de la playa con halcones en los brazos. Estaba mi padre, el hermano de mi padre, mi hermano, una docena de criados y yo mismo. Había focas en las rocas, y una bandada de aves marinas daba vueltas y gritaba; demasiadas para soltar a los halcones. Cabalgamos hasta que llegamos a las aguas poco profundas y entrecruzadas que ondeaban entre nuestra tierra y Lindisfarena, la isla sagrada, y recuerdo haber mirado al otro extremo los muros desmoronados de la abadía. Los daneses la habían saqueado, pero eso tuvo lugar muchos años antes de que yo naciera, y aunque los monjes habían vuelto a habitarla, el monasterio jamás recuperó su pasada gloria.

También recuerdo aquel hermoso día, y puede que lo fuera. A lo mejor llovió, pero no creo. Brillaba el sol, el mar estaba bajo, las olas eran suaves y el mundo feliz. Las garras del halcón hembra se asían a mi muñeca protegida por una manga de cuero, tenía la cabeza cubierta con una capucha y se movía nerviosa porque escuchaba los graznidos de las aves blancas. Habíamos dejado la fortaleza antes del mediodía,



en dirección al norte, y aunque llevábamos halcones no habíamos salido de caza; pero mi padre podía cambiar de idea.

Gobernábamos aquella tierra. Mi padre, el *ealdorman* Uhtred, era señor de todo al sur del Tuede y al norte del Tine, pero teníamos un rey en Northumbria y su nombre, como el mío, era Osbert. Vivía más al sur que nosotros, rara vez venía al norte, pero ahora un hombre llamado Ælla quería el trono, y Ælla, que era un *ealdorman* de las colinas al oeste de Eoferwic, había reunido un ejército para desafiar a Osbert y había enviado regalos a mi padre para animarlo a que lo apoyara. Mi padre, ahora reparo en ello, tenía en sus manos el destino de la rebelión. Yo quería que apoyara a Osbert, por el único motivo de que el legítimo rey compartía mi nombre e, insensatamente, a los nueve años, creía que cualquier hombre llamado Osbert tenía que ser noble, bueno y valiente. En verdad Osbert era un majadero, pero era el rey, y mi padre se mostraba reacio a abandonarlo. Por desgracia, Osbert no había enviado ningún regalo y tampoco había dado muestras de respeto, mientras que Ælla sí, así que mi padre estaba preocupado. Sin tiempo podíamos comandar un centenar y medio de hombres a la guerra, todos bien equipados, y con un mes éramos capaces de aumentar esa fuerza a más de cuatrocientos guerreros, así que quienquiera que apoyásemos sería rey y nos estaría agradecido.

O eso pensábamos.

Y entonces los vi.

Tres barcos.

En mi recuerdo brotan de entre un banco de niebla marina, y puede que lo hicieran, pero los recuerdos no son de fiar y mis otras imágenes del día son de un cielo claro y sin nubes, así que puede que no hubiera niebla, aunque a mí me diera la sensación de que el mar estaba vacío y que de la nada surgieron tres barcos procedentes del sur.

Algo precioso. Parecían descansar sobre el océano como si no pesaran, y cuando los remos se hundían en las olas espumaban el agua. Las proas y popas se enroscaban hacia arriba y estaban coronadas con bestias doradas, serpientes y dragones, y me pareció en aquel lejano día de verano que las tres embarcaciones bailaban sobre el agua, impulsadas por las subidas y bajadas de las alas de plata que eran sus hileras de remos. El sol hacía destellar las palas mojadas, esquirlas de luz, después los remos se sumergían, eran empujados y los barcos con cabeza de bestia avanzaban; yo contemplaba la escena como sumido en trance.

–Cagarros del demonio –gruñó mi padre. No era muy buen cristiano, pero se asustó lo suficiente como para persignarse.

–Y que el demonio se los trague –repuso mi tío. Se llamaba Ælfric y era un hombre esbelto; astuto, oscuro y reservado.

Las tres embarcaciones se dirigían a remo hacia el norte, las velas cuadradas estaban replegadas en las largas vergas, pero cuando nos dimos la vuelta en dirección al sur para volver a medio galope a casa, de modo que las riendas de nuestros caballos se agitaban como lluvia sacudida por el viento y los halcones encapuchados piaban alarmados, los barcos se dieron la vuelta con nosotros. Regresamos al interior por el lugar en el que el acantilado se había derrumbado y había aparecido un terraplén, los caballos treparon por la pendiente y desde allí regresamos al galope por el camino de la costa hasta nuestra fortaleza.

A Bebbanburg. Bebbra fue una reina de nuestra tierra muchos años antes, y le había dado su nombre a mi hogar, que para mí es el lugar más querido de todo el mundo. La fortaleza se yergue sobre una roca elevada que se cierne sobre el mar. Las olas sacuden su orilla este y rompen blancas en la punta norte de la roca, y un lago poco profundo de agua de mar ondea en el lado oeste entre la fortaleza y la tierra. Para llegar

a Bebbanburg hay que tomar la carretera elevada hacia el sur, una franja de roca y arena no muy alta guardada por una enorme torre de madera, la puerta baja, construida encima de una muralla de tierra, y pasamos a todo correr por el arco de la torre, con los caballos blancos por el sudor, y dejamos atrás los graneros, la herrería, las caballerizas y los establos, todos los edificios de madera con techos de paja de centeno, y enfilamos camino arriba hasta la puerta alta, que protegía la cumbre de la roca y estaba rodeada por una empalizada que circundaba la casa de mi padre. Allí desmontamos, entregamos caballos y halcones a los siervos, y corrimos hasta la muralla este, desde donde observamos el mar.

Los tres barcos se acercaban entonces a las islas que habitan los frailecillos, donde las focas bailan en invierno. Los observamos, y mi madrastra, alarmada por el repicar de los cascotes, salió de la casa y se nos unió en las murallas.

–El diablo se está aliviando las tripas –la saludó mi padre.

–Que Dios y sus santos nos asistan –exclamó Gytha y se persignó. Jamás conocí a mi madre, la segunda esposa de mi padre que, como la primera, había muerto dando a luz, así que tanto mi hermano como yo, que en realidad éramos medio hermanos, carecíamos de madre, pero yo consideraba a Gytha mi madre y, en general, era amable conmigo, más amable que mi padre, a quien no le gustaban demasiado los niños. Gytha quería que fuese sacerdote, decía que mi hermano mayor heredaría las tierras y se convertiría en guerrero para protegerlas, así que yo tendría que encontrar otro camino en la vida. Le había dado a mi padre dos hijos y una hija, pero ninguno había sobrepasado el año.

Los tres barcos se aproximaban. Parecía que se habían acercado para inspeccionar Bebbanburg, cosa que no nos preocupaba pues la fortaleza se consideraba inexpugnable, así que los daneses podían mirar todo lo que quisieran. El barco más

cercano tenía filas gemelas de doce remos cada una y, a medida que el barco recorría la costa a unos cien pasos de la orilla, un hombre saltó por la borda del barco y corrió por encima de la fila más cercana saltando de un remo a otro como si fuera un bailarín, y lo hizo con cota de malla y espada en mano. Todos rezamos para que se cayera, pero no se cayó. Tenía el pelo largo y rubio, muy largo, y cuando hubo recorrido toda la extensión de la fila de remos, se dio la vuelta y volvió a atravesarlos.

–Comerciaba en la desembocadura del Tine hace tan sólo una semana –dijo Ælfric, el hermano de mi padre.

–¿Cómo sabes eso?

–Lo vi –repuso Ælfric–. Reconozco la proa. ¿Ves una franja más clara en la curva? –Escupió–. Entonces no llevaba cabeza de dragón.

–Les quitan esos mascarones de proa cuando comercian –añadió mi padre–. ¿Qué compraban?

–Intercambiaban pieles por sal y pescado seco. Dijeron que eran mercaderes de Haithabu.

–Pues ahora son mercaderes buscando pelea –repuso mi padre, y los daneses de las tres embarcaciones estaban de hecho desafiándonos, haciendo entrechocar las lanzas y espadas contra sus escudos pintados, pero poco podían contra Bebbanburg y hacerles daño nosotros a ellos no estaba en nuestra mano, aunque mi padre ordenó que se alzara su estandarte del lobo. La bandera mostraba la cabeza de un lobo gruñendo y era su estandarte en la batalla, pero no había viento, así que se quedó colgado mustio y su desafío pasó desapercibido a los paganos que, al cabo de un rato, se cansaron de provocarnos, se hicieron a la idea de que eran vanos sus intentos y se marcharon remando en dirección al sur.

–Recemos –dijo mi madrastra. Gytha era mucho más joven que mi padre. Era una mujer pequeña, regordeta, con una bue-

na mata de pelo rubio y mucha devoción por san Cutberto, a quien veneraba porque había obrado milagros. En la iglesia junto a la casa guardaba un peine de marfil que se decía había sido el peine de la barba del santo, y puede que lo fuera.

–Hemos de actuar –replicó mi padre. Se apartó de las mura-llas–. Tú –se dirigía a mi hermano mayor, Uhtred–. Coge una docena de hombres, cabalga hacia el sur. Observa a los paga-nos, pero nada más. ¿Lo entiendes? Si amarran en mis tie-rras quiero saber dónde.

–Sí, padre.

–Pero no te enfrentes a ellos –le ordenó mi padre–. Limí-tate a observar a esos cabrones y quiero que estés de vuelta al caer la noche.

Envió a otros seis hombres a alzar el país. Todos los hom-bres libres tenían un deber militar y mi padre estaba reuniendo a su ejército, y para el anochecer del día siguiente esperaba haber convocado a cerca de doscientos hombres, algunos arma-dos con hachas, lanzas o ganchos de la cosecha, mientras que sus vasallos, los hombres que vivían con nosotros en Bebban-burg, estaban equipados con buenas espadas y escudos recios.

–Si superamos en número a los daneses –me contó mi padre aquella noche–, no presentarán batalla. Son como los perros. En el fondo unos cobardes, pero en grupo se dan valor unos a otros.

Era noche cerrada y mi hermano aún no había regresado, pero nadie estaba especialmente nervioso por ello. Uhtred era muy capaz, aunque algo temerario a veces, y sin duda llegaría de madrugada, así que mi padre había ordenado que encen-dieran un farol en el gancho de arriba de la puerta alta para que lo guiara hasta casa.

Nos considerábamos seguros en Bebbanburg porque nun-ca había sucumbido ante un asalto enemigo; aun así mi padre y mi tío seguían preocupados porque los daneses hubieran regresado a Northumbria.